

Mons. Jesús García Burillo
Obispo de Ávila

«¡YA ES TIEMPO DE CAMINAR!»

Carta pastoral

ante la misión diocesana con motivo del V Centenario
del Nacimiento de Santa Teresa de Jesús

Mayo 2014

Suplemento del Boletín Oficial del Obispado de Ávila

Depósito Legal: AV. 42-2013 - **ISSN:** 1885-3714

Imprime: Grafi-3, C.B. – Ávila

UNA MISIÓN DIOCESANA EN EL V CENTENARIO DE SANTA TERESA

1. UNA MISIÓN DIOCESANA EN EL V CENTENARIO

«¡Ya es tiempo de caminar!». Estas palabras, pronunciadas por Santa Teresa de Jesús poco antes de morir, son para nosotros estímulo y aliento. Los últimos Papas nos han invitado continuamente a afrontar la tarea de una *nueva evangelización*. Nos insisten en tomar conciencia de que ya no vivimos en una sociedad de cristiandad y cada vez aumenta más la secularización. Nuestras estructuras pastorales corren el riesgo de no ser efectivas para la transmisión del Evangelio, y aunque sigan siendo numerosas las personas que se bautizan y mantienen alguna relación con la Iglesia, la mayoría vive como si Dios no existiera. No hemos conseguido que los cristianos encuentren la belleza de la fe, el sentido pleno de una vida conforme a las enseñanzas del Maestro, la alegría de una amistad serena con Jesucristo que cambia la vida, ofrece esperanza y fortalece la caridad.

En nuestra Diócesis llevamos mucho tiempo reflexionando sobre esta situación. Concretamente lo hicimos ya con método y gran implicación de los bautizados en el Sínodo Diocesano, convocado en 1993. A partir de ese momento ha habido algunas iniciativas puntuales que han ofrecido frutos de conversión. Sin embargo, estamos muy lejos del ideal que el Papa Francisco presentó a los representantes del CELAM en Río de Janeiro en julio de 2013: una transformación de la vivencia de la fe y de todas las estructuras pastorales en clave de misionariedad. ¿En qué consiste esta “misionariedad”? Nos lo ha dicho más recientemente: “Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se conviertan en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual” (EG 27). Se trata de que todos los bautizados tomemos conciencia de que somos testigos del Resucitado; de que presentar el gozo del Evangelio no es algo que compete sólo a curas, monjas y agentes de pastoral, sino que es responsabilidad de todos los amigos del Señor.

Por otro lado, hay que afrontar una profunda revisión de la forma de trabajar en nuestras comunidades. No podemos seguir actuando como si la gente que se acerca a nuestras parroquias, cofradías o colegios ya tuvieran un conocimiento previo, conseguido en casa, de lo que significa ser católico. Se trata de que todos nos sintamos y seamos “misioneros”.

Esa transformación, tanto de las personas como de las estructuras, supone ante todo una profunda *conversión*. Nuestra acción y nuestra reflexión serán eficaces sólo como consecuencia de un profundo cambio de vida, que se consigue a través de una oración más intensa y de un conocimiento más profundo y entusiasmado de la Persona de Jesús. *Para una nueva evangelización eficaz lo primero y principal es una profunda renovación espiritual*. Esta es la primera razón por la que he propuesto el V Centenario de Santa Teresa de Jesús como el momento en el que lanzar el primer paso de esta conversión pastoral a través de la misión diocesana. Santa Teresa reforma su Orden y la Iglesia de su época porque descubre la alegría inmensa de una amistad sincera con Cristo. Esto es lo central de la reforma. Ella es la mejor maestra para que profundicemos en nuestra vida de oración, el único lugar en el que se pueden descubrir iniciativas que no estén motivadas por las ideas de los hombres, sino por la voluntad de Dios.

La oración es imprescindible para que nos renovemos como evangelizadores y para que nuestra presentación del cristianismo pueda ser aceptada. Tendremos ocasión de subrayarlo más adelante; pero dejemos claro ya desde ahora un aspecto fundamental: sólo el Espíritu de Dios puede tocar el corazón de los no creyentes y hacerles descubrir el gozo de la fe. Creer en Cristo no es sólo ni principalmente el resultado de una decisión humana. Es una obra de la gracia de Dios que, libremente acogida y aceptada por cada persona, permite la entrega decidida de todo lo que somos, de nuestra inteligencia, memoria y voluntad, al Señor que nos ha amado hasta entregarse plenamente en la cruz. En su concepción de la vida contemplativa, de la misión eclesial que tenían las monjas de clausura y, especialmente, la reformada por ella, Santa Teresa entendía que su misión principal era rezar por los evangelizadores, de modo que con la oración, la penitencia y los sacrificios sostuvieran e hicieran fecundos los trabajos apostólicos. Esta

convicción mantiene hoy toda su vigencia. Las monjas de clausura ofrecen su vida al Señor por nosotros, por nuestros frutos apostólicos.

De todo esto traté en mi anterior Carta pastoral, titulada *Reforma de Santa Teresa y Nueva Evangelización* (Ávila 2013). En ella exponía cómo la Santa es modelo ineludible de referencia para todos los que quieran presentar los hombres a Cristo y Cristo a los hombres. Tenemos que aprender de Santa Teresa para ser evangelizadores eficaces. La historia nos ha mostrado que sus escritos tienen una fuerza impactante para los no creyentes, capaz de sacarlos de su indiferencia y conducirlos a la Iglesia. Son muchos, por ejemplo, los que se han convertido leyendo el *Libro de la Vida*. Entre todos, destaca la filósofa Edith Stein, atea de familia judía que, con el tiempo, llegaría a ser la canonizada con el nombre de Santa Teresa Benedicta de la Cruz.

En concreto, los cuatro aspectos que me gustaría destacar de Santa Teresa para la misión diocesana son:

- ♦ *La centralidad de Jesucristo.* Para evangelizar y para aceptar el Evangelio es imprescindible que Cristo sea el centro de nuestras miradas, que lo contemplemos en su humanidad sacratísima en la que se descubre la imagen visible del Dios invisible (cf. Col 1, 15). Debemos establecer con Él, como Santa Teresa, una relación de amistad tan intensa que pueda llegar a ser descrita incluso como «desposorio espiritual». Él es quien ora en nosotros, asumiendo nuestra oración, orando en nosotros y con nosotros al Padre.
- ♦ *La importancia de la vida fraterna.* La Santa tuvo siempre un intenso amor a la Iglesia, de la cual se sabía hija y en la cual quería vivir y morir. Asimismo deseó que una de las claves de su reforma fuera convertir los monasterios en auténticas comunidades, verdaderas familias donde la fraternidad pudiera hacerse visible en la convivencia de las hermanas. Sólo desde el amor a la Iglesia se puede evangelizar, y sólo formando grupos en los que se reproduzca el ideal descrito en *Los Hechos de los Apóstoles* (cf. 2, 42-47) es posible descubrir qué significa compartir con Cristo, por obra del Espíritu, la condición de hijos de Dios y, por tanto, la experiencia de ser hermanos de aquellos que también se dirigen al Creador invocándolo como Padre.

- ♦ *El amor a la pobreza.* No se puede seguir a Cristo sin acoger su invitación a dejarlo todo para que Él sea el único Tesoro de nuestra vida (cf. Mt 19, 21). No se puede amarlo despreciando a los hermanos que pasan necesidad y con los que Él ha querido identificarse (cf. Mt 25, 31-46; 1Jn 4, 20). Estas afirmaciones no se traducen sólo en una cierta actitud espiritual; sino que tienen consecuencias muy concretas. Para ser cristiano hay que vivir una cierta austeridad y hay que compartir nuestros bienes con los necesitados, dándoles no sólo de lo que nos sobra, sino incluso de aquello que necesitamos para vivir (cf. Mc 12, 44). También Santa Teresa es ejemplar en esto. No todos tenemos que vivir como monjas de clausura; pero sí que debemos esforzarnos por ser lo más austeros y generosos que nos permita nuestro estado de vida.
- ♦ *El afán evangelizador.* Todo amigo de Cristo, como lo fue en grado sumo la Santa, desea que todos los hombres y mujeres descubran la alegría de esta amistad. Teresa de Jesús tenía este espíritu misionero que a nosotros nos impulsa a la misión y que se manifiesta ya, con la fuerza del amor primero, en los que se convierten al Señor aceptando el anuncio del Evangelio. Siempre es útil releer unas atinadas frases del *Libro de las Fundaciones* a este respecto (I, 7): «Me acaece que cuando en las vidas de los santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hace y más ternura y más envidia, que todos los martirios que padecen (por ser ésta la inclinación que Nuestro Señor me ha dado), pareciéndome que precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos mediante su misericordia, que todos los servicios que le podamos hacer».

Junto con estos objetivos, hay una última razón por la que he convocado esta misión diocesana en el V Centenario del Nacimiento de Santa Teresa: el año 2015 será un tiempo de gracia, un *kairos*. No cabe duda de que esta efeméride va a ser una ocasión de gracia para nuestra Diócesis. Los actos organizados en colaboración con la Conferencia Episcopal y con la familia carmelitana van a suponer una presencia pública de Iglesia y un revulsivo para muchos. Los obispos españoles nos han propuesto que este año sea una oportunidad para la promoción de *la*

pastoral de la santidad. Todos hemos de disponernos a conocer más y mejor a aquél Señor que dio sentido a la vida de una mujer tan admirable. Es un deber moral para nosotros aprovechar esta oportunidad que Dios nos concede para que no sólo haya celebraciones jubilares hermosas y peregrinaciones internacionales, sino que éstas sean una verdadera presencia que podamos transformar en energía evangelizadora.

Por supuesto, la misión no está llamada a ser sólo un conjunto de actividades más o menos novedosas durante el curso 2014-2015. Éstas son importantes, pues los acontecimientos significativos, los «momentos fuertes» tienen un valor decisivo para remover las conciencias. Pero, una vez conseguido esto, tendremos que proseguir el camino iniciado hasta alcanzar la plena conversión evangelizadora de la que hablaba al inicio. En concreto, nos marcamos tres momentos:

- ♦ *A corto plazo*, a lo largo del curso 2014-2015, realizar una serie de actividades intensas, especialmente durante una semana entre enero y marzo de 2015, que renueven, «revolucionen» nuestras comunidades y que supongan actividades fuertes para proponer el primer anuncio a los alejados. Los sacerdotes y agentes de pastoral ya saben que esas «semanas misioneras» estarán precedidas, los meses de octubre a diciembre, de una preparación, y seguidas, de abril a junio, de una profundización. Concluiremos esta etapa con una gran peregrinación de toda la Diócesis a la ciudad de Ávila para presentar los frutos obtenidos y lucrar el jubileo el sábado 19 de septiembre de 2015.
- ♦ *A medio plazo*, durante los cursos siguientes, deberemos continuar el trabajo iniciado, probando nuevas iniciativas y aprendiendo los unos de las experiencias de los otros, a fin de que esa tarea de presentar el Evangelio sea asumida como propia por cada bautizado y sea eficazmente realizada por estructuras pastorales adecuadas a esta tarea.
- ♦ *A largo plazo* se trata de que, sin que podamos prever ahora cuándo sucederá esto, toda la Diócesis, en sus personas e instituciones, haya alcanzado esta transformación misionera que espera de nosotros el Papa Francisco.

2. CÓMO REALIZAR LA MISIÓN

LOS ARCIPRESTES

La coordinación de la misión diocesana ha sido encomendada al Colegio de Arciprestes. Como sabéis, un arcipreste es un sacerdote elegido por el Obispo para aunar y armonizar los esfuerzos pastorales en una zona concreta de la Diócesis. Esto debe ser así por dos razones. En primer lugar, porque, siendo sinceros, ninguno tenemos una «receta» infalible para hacer el primer anuncio. Llevamos tanto tiempo sin tener que llevarlo a cabo en esta sociedad de antigua cristiandad, que de lo conveniente es inventar, explorar nuevos caminos. Además, nuestra Iglesia local es muy variada. No es lo mismo la ciudad que los pueblos del Tiétar o los de la Moraña. Lo que funciona bien en un sitio no da los mismos resultados en otro. Por lo tanto, cuantas más experiencias tengamos, mejor. Luego las pondremos en común y aprenderemos todos de todos. En este sentido, invito a los arciprestes, a los sacerdotes y a sus colaboradores, a ser valientes, a imaginar nuevos caminos, a no quedarse encerrados en «lo de siempre». Quien arriesga puede equivocarse; pero bendito error si es por anunciar eficazmente el Evangelio desde el amor y la obediencia a la Iglesia. Dice el Papa Francisco que es preferible una Iglesia accidentada, por haberse atrevido a innovar y a acercarse a las periferias existenciales, que una Iglesia enferma por quedarse mortecinamente encerrada en sus seguridades y formas del pasado.

La segunda razón por la que he confiado la coordinación de la misión a los arciprestes es porque, para alcanzar el fruto deseado, esta tarea ha de ser asumida por el conjunto de nuestras comunidades -parroquias, congregaciones religiosas, colegios, cofradías, movimientos-. Es preferible hacer menos cosas, o más sencillas, que dejen profundo calado y sean el primer paso hacia una conversión que a todos debe llegar, antes que montar grandes eventos que, al final, desaparecen como el fuego fatuo. La primera tarea consiste en implicar a todos los que, de una forma u otra, se llaman cristianos, practican su fe y tienen un cierto compromiso con la vida de la Iglesia.

Ciertamente, un evento de estas características precisa de una estructura diocesana que apoye, anime, aliente, que esté al servicio de lo

que puedan necesitar los arciprestes en la tarea propuesta. A veces no resulta fácil concienciar a los agentes de evangelización de la necesidad de este primer anuncio, de esta conversión pastoral. Por eso conviene que un equipo suscite esta sensibilidad, estudie las propuestas de la Iglesia universal y las presente a nuestra Diócesis, ofrezca las razones teológicas y antropológicas de amplio horizonte. También necesitamos un cauce de comunicación entre realidades pastorales supraparroquiales, y con otro tipo de instituciones o asociaciones de carácter no eclesiástico. Será indispensable, al mismo tiempo, la comunión y el trabajo conjunto con la familia carmelitana. Finalmente, necesitamos conocer experiencias de primer anuncio que están dando fruto en otras diócesis, a fin de poder aprender también de los pasos que han dado otros hermanos.

LOS EQUIPOS MISIONEROS

La estructura diocesana generará unos «equipos misioneros diocesanos» que salgan a cinco campos que nos preocupan especialmente por su lejanía del Evangelio: juventud, familia, pobres, trabajo rural y enfermos. *La tarea de estos equipos será triple.* Por un lado, animarán el trabajo de los arciprestazgos, asistiéndoles *subsidiariamente* cuando sea necesario. Es decir: en la preparación de la misión, se hablará con los responsables de cada zona para ver cómo han propuesto la atención a esos cinco campos. En el diálogo podrán hacer sugerencias y plantear iniciativas. Si, tras esas reuniones preparatorias, el arciprestazgo considera que puede afrontar, con sólo sus agentes pastorales, el primer anuncio a esos colectivos, entonces el equipo misionero simplemente animará y alentará. Tendrá una función subsidiaria. Si, por el contrario, el arciprestazgo no cuenta con agentes que puedan asumir la responsabilidad en alguno de esos sectores, el equipo misionero se ofrecerá para sostener y alentar la tarea. Asumiría una misión «de vanguardia». En todo caso, ese equipo propondrá los medios de formación para que se prepare el mayor número posible de personas.

La segunda función de los «equipos misioneros diocesanos» será atender las realidades, eclesiales o no, que funcionan al margen de los arciprestazgos. En estos lugares tendrán una responsabilidad más directa. Por ejemplo, en el acceso a través de las clases de religión, de los hospitales, de los grupos que funcionan en torno a congregaciones

religiosas no directamente vinculadas a una parroquia, asociaciones civiles, etc.

La tercera función de esos equipos será facilitar materiales, destinados tanto al primer anuncio a los alejados, cuanto al acompañamiento de quienes acepten la propuesta del Evangelio o a la formación de los agentes de evangelización. Por supuesto, estos materiales serán una propuesta, no una imposición, y requerirán que cada agente los adapte a las exigencias de su grupo concreto. Si me permitís el ejemplo, no se trata de ofrecer «comida precocinada», sino ingredientes «adobados y listos» para que cada «cocinero» –es decir, cada responsable– pueda «guisarlos» según las necesidades y gustos de su consumidor.

3. SENTIDO Y ESTRUCTURA DE ESTA CARTA

El motivo por el que os escribo esta carta no es sólo para dar a conocer la misión diocesana, pues sobre ella venimos hablando todo este curso, y ya hay muchas parroquias y grupos apostólicos que han comenzado la preparación. Mi intención principal es ofreceros algunas pautas que creo fundamentales para la tarea del primer anuncio que espero que llevéis a cabo todos los bautizados conscientes de vuestra fe.

El primer capítulo presenta qué es una evangelización *kerygmática*. A partir de la contemplación de la Escritura, extraigo algunas enseñanzas que me parecen fundamentales acerca de lo que significa anunciar el Evangelio a un mundo que no lo acepta o lo rechaza abiertamente. *El siguiente capítulo* ofrecerá algunas actitudes propias de los evangelizadores, ampliamente desarrolladas por el Papa Francisco en su Exhortación *Evangelii gaudium*.

Al terminar cada uno de los apartados en que se dividen los capítulos hallaréis un recuadro con algunas preguntas. Se trata de ayudarnos a profundizar en lo expuesto, sea individualmente sea en grupos de trabajo.

Espero que os sirva de ayuda. Tengo una firme convicción que quiero compartir con vosotros: a evangelizar se aprende evangelizando. Os invito a unir esfuerzos, a alejar toda crítica que dificulta la presentación de la Buena Noticia de Jesucristo, y a renovarnos en santidad de la mano de

santa Teresa de Jesús, de modo que podamos ser en el mundo testimonios elocuentes de la alegría del Resucitado.

UNA EVANGELIZACIÓN KERYGMÁTICA

1. ELEGIDOS PARA ANUNCIAR EL EVANGELIO

¿Qué es un “kerigma”? Si profesas con tus labios que Jesús es Señor, y crees con tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvado (Rm 10, 8). Con esta sencilla frase resume el apóstol san Pablo lo esencial de la fe cristiana. Es un ejemplo de lo que se conoce dentro del Nuevo Testamento como *kerygma*. Son frases impactantes y fáciles de recordar, que se utilizaban en el primer anuncio del Evangelio y que contienen los elementos básicos que permiten a los no creyentes adentrarse en el misterio de la salvación.

Cuando nosotros, cristianos del siglo XXI, nos planteamos el reto de comunicar la alegría de la fe a los que no la conocen o no la practican, dirigimos nuestra mirada a esa primera hora de la Iglesia. En aquellos días, los discípulos de Jesús sabían que debían anunciar a todos los pueblos la Buena Noticia –¡el mismo Resucitado se lo había encomendado!–, pero no sabían muy bien cómo hacerlo. El Señor, que antes de padecer en la cruz había limitado su actuación a las fronteras de Israel y a unas pocas villas del otro lado del Mar de Galilea, ahora les enviaba al vasto mundo. ¿Qué podían decir unos cuantos judíos a una sociedad culta, acomodada y entregada a los placeres como la grecorromana? Humanamente había muchos factores que podrían conducir al desaliento. Sin embargo, tenían muy claras dos convicciones fundamentales, que es imprescindible reavivar hoy en nosotros. Una, que quien los enviaba, el mismo Jesús, también los precedía y los acompañaba. Y otra, que el mismo Espíritu que guio los pasos de Jesús conducía ahora los de sus amigos. En efecto, cuando el Señor les ordena *id y haced discípulos a todos los pueblos* (cf. Mt 28, 19), les dice también: *sabed que yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el final de los tiempos* (Mt 28, 21). Él mismo les asegura: *recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta el confín de la tierra* (Hch 1, 8). Al poner en relación la misión de los discípulos con la que Él había recibido del

Padre, afirma: «como el Padre me ha enviado, así os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 21b-23).

Los cristianos de hoy seremos capaces de anunciar el Evangelio a nuestros contemporáneos, por difícil que parezca, si tenemos esas dos convicciones grabadas en nuestro corazón:

- ♦ Que el Señor va delante de nosotros.
- ♦ Que el Señor nos acompaña con la fuerza de su Espíritu.

Esta firme certeza es imprescindible para todo evangelizador. Cuando hablamos de comunicar la fe a quienes no creen, no nos situamos en el mismo plano de quienes quieren convencer a los demás de sus propias opiniones. La iniciativa no nace de nosotros. Es el Señor quien nos ha elegido y enviado. Evangelizar no consiste en meter en la cabeza de otros nuestras ideas sobre el mundo, los hombres y Dios. Se trata de que seamos signo vivo de la presencia del Resucitado con nuestras palabras y acciones, de modo que al contacto con nosotros los hombres puedan encontrarse con Jesús.

Quizá esto parezca muy difícil. Por un lado, sabemos que muchos de los que nos rodean no quieren oír hablar de Cristo, miran a la Iglesia con prejuicios y, a veces, incluso con desprecio no siempre disimulado. Por otro lado, somos conscientes de nuestras limitaciones. Nos vemos pequeños e ignorantes; nos parece que es demasiado poco lo que podemos hacer; nos preocupan nuestras propias vacilaciones y dudas; pero, sobre todo, nos asusta el peso de nuestros pecados. ¿Cómo unas personas tan frágiles vamos a ser transparencia del Señor? Pues ¡lo somos! Dios se ha fiado de nosotros y nos ha hecho sus testigos. *Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha*, dice el Maestro al enviar a setenta y dos discípulos a la misión (Lc 10, 16). Nuestra conciencia de incapacidad es la misma que tenía Pablo, el gran evangelizador: *Yo mismo, hermanos, cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado. También yo me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del*

Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en Dios (1Cor 2, 1-5).

Si el Señor nos envía y acompaña, su Espíritu nos hará eficaces. No importan nuestras grandezas o miserias, nuestra sabiduría o ignorancia, nuestras virtudes o pecados. Lo que importa es que Dios viene con nosotros. Santa Teresa lo dejó claro con la firmeza que la caracteriza: «Es imposible tener ánimo para cosas grandes quien no entiende estar favorecido de Dios» (*Vida* 10, 6). Pues bien, evangelizar es una cosa grandísima. Y nosotros sabemos que somos capaces de llevarla a cabo porque en esa tarea Dios mismo nos acompaña.

Más adelante volveremos a la eficacia del evangelizador. De momento, reflexionemos sobre las siguientes cuestiones personalmente y en grupo:

- ¿Tengo conciencia de que es Dios mismo quien me ha elegido y enviado a anunciar su Evangelio a mis hermanos?
- ¿Cuáles son mis temores a la hora de anunciar el Evangelio?
- ¿Tengo experiencia personal de que el Espíritu Santo actúa a través de mí y, en ocasiones, incluso a pesar de mí?
- ¿Qué medios podemos darnos para reconocer la actuación del Espíritu en nuestra acción evangelizadora durante la misión diocesana?

2. DOS TEXTOS DE REFERENCIA: LA MISIÓN A LOS JUDÍOS Y A LOS GENTILES

El Espíritu Santo suscita una pedagogía evangelizadora, que queda reflejada en los *kerygmas* de los que hablábamos. Primero, encontramos un deseo de conectar con los interrogantes más profundos de las personas a quienes vamos a anunciar la Buena Noticia. Por ejemplo, Pedro, en el discurso que pronuncia el día de Pentecostés ante los judíos que, venidos de todo el mundo, se habían dado cita en Jerusalén, inserta el anuncio del *kerygma* en medio de una reflexión sobre las

promesas mesiánicas del Antiguo Testamento, respondiendo al interés de sus interlocutores (cf. Hch 2, 12-36). Pablo, por su parte, cuando tiene que hablar en el Areópago de Atenas, hace que su presentación de lo esencial de la fe sea una reflexión sobre la religiosidad de los griegos y sobre su búsqueda intelectual, reflejada en una cita de los filósofos estoicos (cf. Hch 17, 16-34). En ambos casos los evangelizadores parten de los intereses de los oyentes.

¿Qué nos dice esto a nosotros? En primer lugar, que debemos buscar aquellos ámbitos en los que entramos en sintonía con las preocupaciones decisivas de nuestros contemporáneos. Si uno va a la plaza mayor del pueblo y, megáfono en mano, comienza a gritar: «convertíos y creed en el Evangelio», probablemente la gente no comprenda el sentido. Si esa misma invitación –que es la misma de Jesús, cf. Mc 1, 14– precedida de un concierto, por ejemplo, en el que se traten temas como la amistad o la soledad, quizás su propuesta sea mejor acogida.

Es necesario conocer esas inquietudes de fondo, ciertamente. De algún modo, los grandes temas afectan a todos los seres humanos: ¿tiene sentido mi vida?, ¿hay esperanza tras la muerte?, ¿le importo a alguien?, ¿vale la pena ser solidarios?, ¿es real y eterno el amor?... De otro modo, las formas y expresiones en que se plantean estas preguntas varían mucho en las distintas culturas, personas e incluso etapas de la vida. No es lo mismo cómo aparecen estas cuestiones en el medio urbano que en el rural, en personas abrigadas por núcleos familiares sólidos que en quienes han experimentado la fragilidad de las relaciones humanas; no producen el mismo efecto en los jóvenes que en los adultos, en los sanos que en los enfermos, en los ricos que en los pobres. En los ejemplos citados, si Pedro hubiese hablado en Jerusalén como Pablo lo hace en Atenas, nadie le hubiera escuchado, y viceversa. A la mayoría de judíos piadosos allí congregados les importaba poco la filosofía estoica y todos despreciaban el politeísmo griego. En cambio, a los atenienses no les preocupaba lo que pudiera leerse en el Libro de los Salmos o del profeta Joel. Por consiguiente, al hacer el primer anuncio y para ser eficaces, hemos de descubrir dónde residen los intereses y las cuestiones decisivas de las personas a quienes vamos a dirigirnos.

Ni Pedro ni Pablo dedican tiempo a esas cuestiones preliminares. Ambos pasan con rapidez a lo esencial, la presentación del *kerygma*: *A Jesús el Nazareno... lo matasteis, clavándolo en una cruz por manos de hombres inicuos. Pero Dios lo resucitó, librándolo de los dolores de la muerte*, dice Pedro (Hch 2, 23b-24a). *Dios anuncia ahora en todas partes a todos los humanos que se conviertan, porque tiene señalado un día en que juzgará el universo con justicia, por medio del hombre a quien él ha designado, y ha dado la garantía de esto resucitándolo de entre los muertos*, afirma Pablo (Hch 17, 30b-31). Es necesario «conectar» con la gente, ciertamente, pero sin olvidarnos de cuál es el mensaje que queremos transmitir: que Jesús ha muerto y resucitado, y que ese acontecimiento cambia radicalmente la vida, las ideas, los sentimientos, las relaciones y el destino último de cada ser humano. Hoy comprendemos que uno de los errores que hemos cometido con frecuencia en los últimos años ha sido el de insistir tanto en la «conexión previa», que no hemos sabido pasar al mensaje explícito que queríamos anunciar: que Jesús es el Hijo de Dios, el Salvador. Lo comprobamos en algunas actividades pastorales de infancia o juventud. Es bueno jugar con los niños y compartir tiempo y ocio con los jóvenes; es una forma de entrar en su mundo y presentarles desde sus intereses la presencia del Señor. Pero si el evangelizador no va más allá, entonces limita su misión: no evangeliza. Nosotros no somos animadores socioculturales como pueden serlo otras entidades de carácter social. Tenemos una misión concreta. Por eso debemos olvidar ciertos complejos y atrevernos a hablar abiertamente de Jesucristo. Presentar nuestra fe no es imponerla, sino proponerla a todos. No queremos coartar la libertad de nuestros hermanos, sino favorecerla ofreciendo la opción por el Evangelio, como un bello camino de sentido, alegría y plenitud.

Entonces, ¿cómo entender los procesos? ¿No insistimos en la importancia de estar al lado de nuestras comunidades, de compartir su vida, de caminar a su lado para que vayan descubriendo la fascinante presencia de Jesús? En realidad, ambos objetivos son compatibles: anunciar explícitamente el Evangelio y adecuarnos al ritmo de la gente. Los católicos vivimos entre nuestros conciudadanos, compartimos su vida y sus inquietudes. Jesús también estuvo treinta años como uno más

entre su pueblo. Pero después pasó al anuncio explícito del Evangelio por sus palabras y obras. También nosotros hemos de diferenciar lo mismo que vemos en el Señor: tiempos de permanencia sosegada y tiempos de actividad evangelizadora expresa. Ambos son necesarios. Pensemos en un párroco. Si sólo apareciera por la parroquia para desarrollar acciones evangelizadoras –celebrar sacramentos, dar catequesis, reunirse con un grupo– la comunidad se quejaría de que le falta la presencia gratuita de quien está sencillamente, formando parte del pueblo. Si, por el contrario, su presencia no fuera en modo alguno diferente, si no tuviera una palabra oportuna o sus actividades apostólicas fueran las de un profesional, parecería que ese sacerdote, más que un ministro dispensador de los misterios de Dios, es un «funcionario de lo sagrado». Lo mismo sucede con los demás bautizados. Si sólo nos movemos en ámbitos de Iglesia, como si nos diera miedo otro tipo de relaciones, seríamos vistos como personajes extraños, encerrados en «lo nuestro». Y si no tuviéramos el coraje de dar testimonio cuando las circunstancias lo exigen, o cuando asumimos la tarea expresa de anunciar el Evangelio, entonces no seríamos lo que nos pide el Señor: ser *luz del mundo* y *sal de la tierra* (cf. Mt 5, 13-16).

El proceso evangelizador tiene tiempos y fases distintas. No son compartimentos estancos: todos podemos necesitar volver en determinados momentos a etapas anteriores. Estas fases son:

- ♦ El primer momento es *previo al anuncio explícito*. Aunque podemos organizar actividades que favorezcan esta etapa –por ejemplo, el conocido «atrio de los gentiles», o una «semana de cine espiritual»–, en la mayoría de los casos *se dará en la vida cotidiana*, sin programaciones especiales. Se trata de la convivencia normal entre creyentes y no creyentes, que puede llevar a estos últimos a preguntarse: ¿por qué la fe en Dios hace vivir de una manera distinta? ¿Por qué los cristianos son capaces de amar cuando podrían responder con el odio? ¿Por qué pueden encontrar sentido a las situaciones más dolorosas o mantener la esperanza frente a la muerte? De las primeras comunidades comentaban “mirad cómo se aman”. En este primer momento no podemos marcar tiempos ni plazos.

- ◆ Tras él viene el *primer anuncio*. Esta fase puede ser espontánea: por ejemplo, cuando un compañero de trabajo, sorprendido por la manifestación de un católico, le pide que le hable de su fe. Pero debe estar siempre programada, precisando objetivos y acciones propias. Es lo que pretendemos con la misión diocesana: presentamos lo esencial del cristianismo, de forma que quien recibe el anuncio se sienta invitado a dar una respuesta a Dios, aceptando o no creer en Él tal como nos ha sido revelado en Cristo. Ahora el tiempo debe ser corto. Si, pasado ese periodo razonable, continúan en la duda o en la negación, habremos de esperar una nueva otra ocasión, respetando la libertad de las personas, que pueden aceptar o rechazar el Evangelio. Habremos de encomendar esta persona al Señor para que sea Él quien toque su corazón y, en otro momento, pueda acoger nuestro anuncio. Entre tanto, no descuidemos el acompañamiento de quienes sí han descubierto al Resucitado.
- ◆ El siguiente paso es la *catequesis*. Se trata de un tiempo en el que quien ha aceptado la fe profundiza en su amistad con Cristo, en el conocimiento de su enseñanza y de la Historia de la Salvación. El objetivo es que la fe inicial arraigue de tal forma en la persona que todo su ser y obrar, sus pensamientos, palabras, acciones y silencios queden impregnados por el Evangelio. Contrariamente a la práctica actual, la catequesis no es un momento limitado. Es un proceso personalizado que no debe ser determinado de antemano. Habrá quienes necesiten más tiempo que otros. Las razones por las cuales no funcionan muchos procesos catequéticos suelen ser dos: por un lado, no se ha dado la conversión inicial fruto del primer anuncio. Así, se construye la casa sin haber puesto los cimientos. Por otra parte, pretendemos que todos avancen al mismo tiempo, como si no hubiera distintas capacidades personales, espirituales, intelectuales, o como si no fuera decisiva la decisión de cada uno en el seguimiento del Señor. Pretender que todos avancen al mismo ritmo es poco adecuado.

Descartemos la opinión de que la catequesis es sólo para niños o para quienes no han recibido los sacramentos. Existe el catecumenado de adultos. En sentido propio, este se aplica cuando una persona no ha recibido en su infancia los sacramentos de Iniciación Cristiana (Bautismo, Confirmación y Eucaristía). Pero en sentido amplio, éste debe aplicarse también a aquellos que, aunque en su día culminaran la Iniciación, lo hicieron con una catequesis deficiente o se alejaron de tal forma de la fe que es necesario comenzar de nuevo para que la semilla del Evangelio que han aceptado, ahora profundice y germine.

- ♦ La última fase podemos llamarla *vocacional*. Consiste en que una persona discierne, en oración y con la compañía de la Iglesia, cómo quiere Dios que viva su fe y su servicio a los hombres desde la comunidad cristiana. Habrá decisiones estables, firmes y perpetuas: por ejemplo, la elección del estado de vida, es decir, si Dios nos quiere casados, consagrados a Él por la profesión religiosa u ordenados sacerdotes. Otras decisiones serán más concretas: cómo responder en este momento determinado a la propuesta que creo me hace el Señor. Aquí también cada uno tiene su ritmo.

Como vemos, pedir una respuesta en un plazo de tiempo breve tras el primer anuncio no supone romper procesos personales. Comparémoslo con el noviazgo. Un chico puede tener una relación de compañerismo, amistad o cierto flirteo con una chica. Cuando le pide salir formalmente, si la muchacha no le responde inmediatamente «sí» o «no», quizás se toma un tiempo para que se lo piense. Pero ese plazo no será demasiado largo. Si no se decide pronto, es porque no le interesa la propuesta de su pretendiente. Ahora bien, cuando dice «sí», no por eso se casan al día siguiente; inician un noviazgo cuya duración depende de las personas y circunstancias. Después, tras el matrimonio, siguen creciendo en el conocimiento y amor mutuo. Algo parecido sucede con la fe, que no en vano es comparada por la Escritura y la Tradición con una *relación nupcial*. Las fases que pueden necesitar un tiempo más prolongado son todas excepto el primer anuncio, que requiere una

respuesta con cierto grado de compromiso, aunque no sea definitivo, y cuya duración temporal es relativamente breve.

Volvamos a los discursos de Pedro y Pablo en Jerusalén y Atenas respectivamente. El primero obtiene un cierto éxito: según san Lucas, son unas tres mil personas las que acogen las palabras de Pedro y se bautizan (cf. Hch 2, 41). Pero no siempre las cosas resultan así. San Pablo cosecha un sonoro fracaso, ya que sólo unos pocos se le unieron y creyeron (cf. Hch 17, 33). El fracaso forma parte de la predicación de la Buena Noticia. Jesús mismo lo padeció en su carne. Los evangelios recogen alguna de sus experiencias especialmente dolorosas, como aquella en que un joven rico, a quien miró con cariño, rehusó seguirle (cf. Mc 10, 17-30), o cuando lloró ante la dureza de corazón de los habitantes de Jerusalén (cf. Lc 19, 41-44), o cuando sus paisanos de Nazaret le arrojaron fuera de la ciudad para despeñarle (cf Lc 4, 28-30).

Es importante que, como en el caso de Pedro, nosotros aspiremos a llegar al mayor número de personas. Todos aguardan al Señor, a cuya imagen hemos sido creados, aunque en ocasiones no tengamos conciencia de ello. Cristo es la respuesta a todos los interrogantes que laten en cada alma humana. Es grave pecado excluir a alguien del anuncio de la salvación, como si ésta estuviera reservada tan sólo a unos pocos «puros». El Evangelio es para todos, y en lo más profundo de nuestro corazón ha de estar anclada la convicción de que no nos está permitido desesperar de nadie. Con el salmista, debemos tener ardiente deseo de que *todos los pueblos alaben a Dios* (Sal 67, 4 y 6).

Pero esta esperanza puede verse puesta a prueba al constatar las dificultades del anuncio. Nos duele. Nosotros hemos puesto todo de nuestra parte: la mejor preparación, la oración más ferviente, el amor más activo, pero todo podría ser en balde si hay muchos que no descubren la alegría de la fe. Nos consuela que nosotros no vamos a tener otra suerte diversa que la de Jesús, y Él experimentó el fracaso.

San Juan nos ofrece una explicación de esta posibilidad. Con sencillez dice en el prólogo de su evangelio: *La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió* (Jn 1, 5). Más adelante recoge unas palabras del Señor que profundizan esta idea: *la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que*

obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios (Jn 3, 19-21). Es decir, hay en nosotros una especie de seducción diabólica. Estamos atrapados por el amor desordenado al mundo, enredados en la concupiscencia de la carne, de los ojos y la arrogancia del dinero (cf. 1Jn 2, 16). Aunque el Señor es Aquél a quien deseamos, caprichos pasajeros pueden llevarnos a desentendernos de Cristo. No sólo a ignorarlo, también a rechazarlo, menospreciarlo, calumniarlo y crucificarlo. Es difícil romper esta dinámica maligna. Por eso es habitual un cierto fracaso apostólico. Lo importante es no desesperar. Una sola persona que descubra al Señor a través de nuestro testimonio comporta para el evangelizador una dicha tan grande que no es comparable a nada en este mundo. Se trata de un gozo divino: *hay más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan conversión (Lc 15, 7; cf. 15, 10).*

Recordemos que tanto Pedro como Pablo culminan sus discursos con la presentación del misterio Pascual de Cristo: su muerte y su resurrección para nuestra salvación. Éste es, en realidad, el contenido propiamente dicho del *kerygma*. Sin esto no hay verdadera evangelización. Merece la pena, por tanto, dedicar a este punto el último apartado de este capítulo, comentando el texto de Rom 10, 8 con el que comenzábamos. De momento, os planteo las siguientes cuestiones:

- ¿Qué interrogantes de fondo se plantean los no creyentes que hay en mi entorno? ¿Cuándo y cómo hablan de ellos? ¿Cómo responde el Evangelio a esas cuestiones?
- ¿Tengo experiencia, personal y/o comunitaria de haber hecho alguna vez el primer anuncio? En caso afirmativo, ¿qué puntos me parecen importantes para nuestra misión diocesana? En caso negativo, ¿por qué no lo he hecho? ¿Qué dificultades he encontrado?
- Al participar en actividades evangelizadoras, ¿he presentado el misterio de Cristo, muerto y resucitado, o me he quedado en «preliminares»?
- ¿Cómo podría plantearse la práctica catequética de mi parroquia para

tener suficientemente en cuenta las cuatro fases del proceso de evangelización?

- ¿Tengo experiencia de fracaso en mi anuncio del Evangelio? En caso de que así sea, ¿ha enriquecido esta «derrota» mi vida espiritual? ¿Desde qué claves?

3. FUNDAMENTO TEOLÓGICO PARA UNA PRESENTACIÓN DEL *KERYGMA*

El capítulo 10 de la *Carta a los Romanos* parece complejo a primera vista. En él convergen dos motivos que preocupan a san Pablo: las relaciones de la Iglesia naciente con el pueblo judío y la evangelización de los gentiles. Os propongo una lectura de este pasaje desde la segunda perspectiva, la evangelización de los paganos. No obstante, conviene saber que esos dos temas mayores de la *Carta a los Romanos* convergen en uno: *la salvación le llega al hombre por la gracia de Dios, que nosotros aceptamos por la fe*. Esto es lo fundamental. La razón última de nuestra evangelización es que, por la fe, los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. ¡Éste es el deseo de Dios! (cf. 1Tim 2, 4).

Un obstáculo que ha dificultado y dificulta la eficacia evangelizadora es una concepción teológica errónea, aceptada por algunos agentes de pastoral. Estos enseñan que la salvación del hombre es independiente del don de la fe. Lo que de verdad importa, dicen, es que uno sea «buena persona» y que siga los dictados de su conciencia. Creer en Dios y en Jesucristo, vivir en Iglesia y practicar los sacramentos serían sólo ayudas para «hacer el bien»; pero si alguien consiguiera que es bueno sin estos auxilios, no hay por qué dudar de su salvación. Esta opinión es contraria al pensamiento cristiano. Para la Iglesia, la salvación del hombre no es algo que se dé por supuesto. La salvación es un don inmerecido que nos consigue la cruz de Cristo, y del cual participamos al acoger al Espíritu Santo, que se infunde en nosotros cuando recibimos con fe los sacramentos celebrados. Que la actuación salvífica del Espíritu no tenga por qué limitarse a los sacramentos, sino que

pueda darse más allá de ellos, incluso en los no creyentes, es una *posibilidad*; pero nunca una certeza y menos una seguridad. Dicha posibilidad, además, no es separable de la única mediación de Jesucristo y de la gracia que se difunde en la Iglesia, fuera de la cual no hay salvación. En definitiva, la salvación no es consecuencia de la rectitud de conciencia del hombre, de su bondadoso obrar moral o de su sincera búsqueda de la verdad. La salvación es el fruto de la fe en Cristo y de la gracia del Espíritu que introducen en la comunión de la Iglesia. En aquellos que no han recibido el anuncio del Evangelio, la unión a Cristo y a la Iglesia se *puede* dar de una forma «sólo por Dios conocida», que no implique un reconocimiento explícito. Es decir, sería una realidad que puede darse en ellos de forma inconsciente. Ahora bien, también tenemos que recordar que «no se pueden salvar aquellos hombres que, conociendo que la Iglesia católica fue fundada por Dios por medio de Jesucristo como necesaria, se negasen, sin embargo, a entrar en ella o a perseverar en ella».

Ésta última frase es una cita del Concilio Vaticano II, que interesa leer en su contexto, porque nos da las pautas ante el error señalado:

«La razón de esta actividad misionera [de la Iglesia] se basa en la voluntad de Dios, que “quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad. Porque uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos” (1Tim 2, 4-5), “y en ningún otro hay salvación” (Hch 4, 12). *Es necesario, pues, que todos se conviertan a Él, una vez conocido por la predicación de la Iglesia, y que por el Bautismo sean incorporados a Él y a la Iglesia, que es su Cuerpo.* Porque Cristo personalmente, al inculcar la *necesidad de la fe y el Bautismo* con palabras expresas, confirmó al mismo tiempo la *necesidad de la Iglesia*, en la que entran los hombres por el Bautismo como por una puerta. Por lo que *no se pueden salvar aquellos hombres que, no ignorando que la Iglesia católica fue fundada por Dios por medio de Jesucristo como necesaria, se negasen, sin embargo, a entrar en ella o a perseverar en ella.* Por consiguiente, aunque Dios, por caminos conocidos sólo por Él, puede llevar a la fe, sin la que es imposible agradecerle, a los hombres que ignoran el Evangelio sin culpa propia,

corresponde, sin embargo a la Iglesia la necesidad y al mismo tiempo el derecho sagrado de evangelizar, y, por ello, la actividad misionera conserva íntegra, hoy como siempre, su fuerza y su necesidad» (AG 7)

- ¿Estoy internamente convencido de que la fe en Cristo y la pertenencia a la Iglesia son necesarias para la salvación? ¿He escuchado alguna vez opiniones contrarias? ¿también a representantes de la Iglesia?

Pasemos ahora a la lectura del texto de Rom 10 en la perspectiva de la evangelización.

Rom 10, 1-2: *Hermanos, el deseo de mi corazón y mi oración a Dios en favor suyo es que se salven. Puedo testificar en su favor que tienen celo de Dios, aunque no según un conocimiento adecuado.*

Pablo está hablando de Israel, el pueblo elegido por Dios que, en su mayoría, no ha aceptado a Jesús como Mesías. Aunque la perspectiva es distinta a la nuestra, también podemos sacar algunas enseñanzas.

Ante todo, Pablo reconoce que suscitar la fe en su pueblo es «el deseo de su corazón». Sólo evangeliza quien descubre que ésta es una invitación arraigada en su interior. En el fondo, se deriva de un intenso amor a Dios y al prójimo. Quien ama a Cristo, como todo enamorado, no puede menos de manifestar a todos la alegría de estar al lado de quien da sentido a cuanto es y hace. Quien ama a sus hermanos no puede ocultarles el Tesoro que ha descubierto. El deseo del que habla Pablo es el resultado de haber sido heridos en nuestro más profundo centro por la flecha de la Belleza divina. «Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerlo y comunicar a los otros la amistad con Él» (Benedicto XVI, *Homilía en la Santa Misa de inicio del ministerio petrino*, 24-4-2005).

Pablo tiene deseo y *oración*. Lo principal que hace un evangelizador es rezar por aquellos que no conocen a Cristo. Sabe que de nada sirven sus acciones y palabras si el Espíritu no les toca el corazón. A veces algunos cristianos actúan como si no creyeran en la eficacia de la

oración. Sin embargo, precisamente aquí tiene permanente vigencia la promesa del Señor: *si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?* (Lc 11, 13).

El apóstol es capaz de reconocer lo positivo que hay en su pueblo: *tienen celo de Dios, aunque no según un conocimiento adecuado*. Para evangelizar hay que partir de una mirada no viciada por los prejuicios. No podemos ir condenando de antemano, sino que hay que reconocer las semillas que previamente el Espíritu ha ido sembrado, de forma a veces imperceptible, en el corazón de quienes tenemos delante.

- ¿Late en mí el «deseo del corazón» de dar a conocer la alegría del Evangelio?
- ¿Rezo por quienes no creen en Cristo? ¿Pido a Dios que les conceda el don de la fe? ¿Oramos en nuestra parroquia comunitariamente por esta intención?
- ¿Tengo una mirada positiva sobre el itinerario de fe, aunque sea inicial e imperfecto, que pueden haber hecho los destinatarios del evangelio? ¿O, por el contrario, me dejo llevar por el pesimismo pensando que todo está mal y que esta generación no tiene remedio?

Rom 10, 8b-c: *«La palabra está cerca de ti: la tienes en los labios y en el corazón». Se refiere a la palabra de la fe que os anunciamos.*

Pablo cita un versículo del *Deuteronomio* (30, 14), en el que se dice que la revelación de Dios en la Alianza no es algo externo al ser humano, ni inalcanzable. Antes, en los capítulos precedentes, el apóstol había señalado cómo la Ley pone de manifiesto la contradicción de nuestra condición pecadora: *no hago lo bueno que deseo, sino que obro lo malo que no deseo* (Rom 7, 19). En consecuencia, si la *palabra cercana* de la que habla el *Deuteronomio* fueran sin más los mandamientos de la Ley, entonces pensaríamos que la Escritura se equivoca. Porque la Ley, ciertamente, parece inalcanzable. ¿Acaso hay alguien que no haya cometido pecado? Sólo si esa «palabra» se refiere a la *fe*, tiene sentido la afirmación. La revelación de Dios sí que es aceptada por todo hombre,

que puede reconocerla como lo más interior de su más profunda intimidad (*interior intimo meo*, dice san Agustín). Pues bien, lo que nos propone es lo que más ardientemente anhelamos: que somos perdonados, redimidos, adoptados como hijos de Dios y amados por Él en Cristo; hasta el punto de que la más firme convicción, aquella que la fe imprime en el corazón del creyente, es que nada ni nadie *podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro* (Rom 8, 39).

En este versículo, por tanto, reaparece un tema ya conocido: que la presentación del *kerygma* ha de hacerse de forma que «conecte» con las preocupaciones profundas de las personas a las que nos dirigimos. Lo cual requiere de nosotros desterrar un lenguaje «jurídico», que vincula la palabra de la fe más con las obligaciones éticas de los mandamientos que con la *oferta de gracia* por parte de Cristo. Para no caer en lo mismo que Pablo criticaba, hemos de eliminar toda apariencia de moralismo, el uso frecuente de expresiones como «tenemos que», «debemos de». El Evangelio, ante todo, es una oferta de redención, de perdón, de divinización.

- ¿Los no cristianos pueden confundir el Evangelio con imposiciones éticas? ¿Está aquí uno de los problemas de la evangelización? ¿Tengo alguna experiencia concreta en este punto?
- ¿Cómo podemos, individualmente y en parroquia, presentar el Evangelio como oferta de redención, perdón y divinización, antes que como una serie de normas y deberes?

Rom 10, 9: *Porque, si profesas con tus labios que Jesús es Señor, y crees con tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo.*

Como hemos dicho, éste es el *kerygma*, la frase que resume lo esencial del misterio cristiano.

Apreciemos el *crisocentrismo* de la frase. Esencialmente, el cristianismo es Cristo. Todo se decide respecto a su persona. En palabras de un gran teólogo del siglo XX: «el cristianismo no es, en último término, ni una doctrina de la verdad ni una interpretación de

la vida. Es esto también, pero nada de ello constituye su esencia nuclear. Su esencia está constituida por Jesús de Nazaret, por su existencia, su obra y su destino concretos; es decir, por una personalidad histórica». Más adelante insiste: «No hay ninguna doctrina, ninguna estructura fundamental de valores éticos, ninguna actitud religiosa ni ningún orden vital que pueda separarse de la persona de Cristo y del que, después, pueda decirse que es cristiano. Lo cristiano es Él (Cristo) mismo, lo que a través de Él llega al hombre y la relación que a través de Él puede mantener el hombre con Dios»¹.

El primer anuncio consiste en hablar al no creyente de Cristo y, más concretamente, del misterio pascual en que se expresa plenamente su identidad –quién es Cristo– y cuál es su misión –cómo nos salva–.

Una teología del pasado separó al «Jesús de la historia» del «Cristo de la fe». Según esta interpretación, una cosa era el ejemplo que dio Jesús, lo cual puede ser comprendido por todos, y otra distinta su identidad divina, que es aceptada sólo por los creyentes. Algunos teólogos defendieron que Jesús fue un rabino de tantos, presentado después con rasgos divinos por sus discípulos, influenciados por la cultura pagana. Esta teoría produjo funestas consecuencias para la catequesis y la pastoral. Se consideraba que lo que podía aceptar racionalmente cualquier persona eran los datos meramente históricos, mientras se presentaba superficialmente a Jesús, pasando «de puntillas» por los misterios decisivos de su existencia: su Encarnación, su Pasión –entendida como sacrificio agradable al Padre (cf. Hb 10)– y su Resurrección de entre los muertos. Se pensaba que, aceptando al “Jesús histórico”, se descubriría también la coherencia de las otras afirmaciones «teológicas».

Sin embargo, aunque estos teólogos presenten a Jesús como el «definitivo», en el fondo no deja de ser «uno más entre tantos» y no se entiende por qué hayamos de optar por Él. Además, si se leen atentamente los evangelios, muchas enseñanzas y milagros de Cristo

¹ R. Guardini, *La esencia del cristianismo. Una ética para nuestro tiempo*, Madrid 2002, 16. 103.

son incomprensibles si se niega o se prescinde de su divinidad y la perspectiva de su resurrección. El acceso a la fe es posible cuando uno reconoce la divinidad de Jesús: *es Señor*, dice san Pablo. «Señor» es la traducción griega del hebreo *Adonai*, que era lo que leían los judíos cuando veían escrito el nombre propio e impronunciable de Dios. Esta confesión de su divinidad no se basa en especulaciones teóricas, sino en un acontecimiento histórico: Cristo ha resucitado. Por eso, el primer anuncio consiste en presentar sencillamente este acontecimiento. Cristo ha vencido a la muerte y, por eso, merece la pena cambiar de vida. El sepulcro ya no tiene la palabra definitiva sobre nuestro destino y Jesús no es un maestro cualquiera, a quien podemos seguir o no, sino el «Dios-con-nosotros», que uno escucha con la sorpresa y la fascinación de quien sabe que en Él contempla el Rostro del Eterno y atiende su voz.

- ¿Tiene Cristo el papel central en nuestra presentación de la fe o nos dejamos llevar por otras «prioridades»?
- Al leer la descripción sobre el «Jesús de la historia» y el «Cristo de la fe», ¿he reconocido ideas presentes en alguno de los procesos en los que he participado?
- ¿Cómo podemos presentar, como la verdadera y única novedad, la Resurrección de Jesucristo, de la que ya han oído hablar nuestros contemporáneos?

Rom 10, 10: *Pues con el corazón se cree para alcanzar la justicia, y con los labios se profesa para alcanzar la salvación.*

San Pablo afirma que el «órgano» con el que se cree es el *corazón*. Esto significa que la fe es algo que implica la totalidad de la existencia humana. Por eso va necesariamente asociada a la *conversión*. Uno no puede aceptar la existencia de Dios y seguir organizando su vida a partir de los propios criterios. Quien acoge al Señor deja de considerarse a sí mismo como el criterio último que orienta sus decisiones y decide su destino.

Si se cree con el corazón, entonces la fe es inseparable del amor. «Creer en Dios es amarlo» dice San Agustín. Por eso es tan interesante el testimonio de santa Teresa de Jesús para la nueva evangelización. Ella recuerda que la relación con Cristo es de *amistad*. Más aún, es *esponsal*. Todos los bautizados hemos sido *desposados* con Cristo (cf. *Camino de Perfección. Códice del Escorial*, 38, 1). Desde esta perspectiva, una misión diocesana como la presente no sólo se propone dar a conocer la existencia de Dios a quien no lo acepta; sino que implica *renovar la fe* de quienes se dicen creyentes pero todavía no han descubierto el gozo de una relación personal con el Resucitado. El lema cardenalicio del Beato John Henry Newman era *cor ad cor loquitur*, «un corazón habla a otro corazón». El Corazón que nos habla es, ante todo, el de Cristo, quien antes que dirigirse a nosotros con doctrinas lo hace con el testimonio de su entrega en la cruz. Después es nuestro corazón el que habla al de nuestros hermanos. Por cerrado que esté nuestro intelecto a la fe, todos somos capaces de descubrir la alegría de un amor desbordante, como el del Señor Jesús, que sigue latiendo en el corazón de sus discípulos por la acción del Espíritu Santo.

La fe del corazón lleva a la justicia, porque *la plenitud de la Ley es el amor* (Rom 13, 10). Nadie es justo ante Dios sólo porque cumple la Ley. Nadie se justifica sólo por hacer el bien. Como veíamos antes, nadie puede decir que uno es justo sólo porque ha cumplido los mandamientos. Incluso en el caso de que hubiera una persona moralmente intachable, si su responsabilidad no radicara en un sincero amor a Dios y a los hermanos, de poco le serviría su rectitud ética. *Si repartiera mis bienes a los necesitados; y si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría* (1Cor 13, 3). Como evangelizadores, nuestra primera responsabilidad es enseñar a amar. Hoy hay profundas heridas afectivas entre nuestra gente, que dificultan la entrega plena del corazón. Hay que sanar esas heridas de la única forma posible: mostrando el Rostro del Amor verdadero, el de Cristo Jesús, que nos *amó hasta el extremo* (Jn 13, 1). Pues *nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos* (Jn 15, 13). La entrega del Señor es la manifestación plena de su amor. A su luz nosotros aprendemos a amar, a Él y a los hermanos, y de este modo somos justificados por la fe.

De lo que rebosa el corazón habla la boca, afirma Jesús (Mt 12, 34). Con esta frase podemos entender el sentido de la segunda parte de la afirmación de san Pablo: *con los labios se profesa para alcanzar la salvación*. «Salvación» y «justificación» son conceptos distintos, pero inseparables. Se justifica quien, por la fe y el amor, se une a Cristo, el único Justo cuya obediencia borra el pecado de Adán. Unidos a su humanidad, compartimos también, por la acción del Espíritu Santo, la gloria de su divinidad. Esto es lo que los cristianos llamamos «salvación». No se trata sólo de volver al paraíso perdido. Gracias al don de la Gracia que recibimos en los sacramentos y acogemos por la fe, el Señor nos asocia a su destino y, de este modo, somos elevados por encima de Adán. Somos divinizados; compartimos por adopción la condición de hijos de Dios que Jesús posee por su naturaleza eterna. Así lo dice san Pablo: *habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡Abba, Padre!»*. *Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; de modo que, si sufrimos con Él, seremos también glorificados con Él* (Rom 8, 15b-17. Cf. Gal 3, 26; Ef 1, 5).

Esto quiere decir que el primer anuncio es mensaje de salvación. No se trata sólo de presentar a Jesucristo, sino también lo que Él nos ofrece: una plenitud de vida, felicidad, compañía y amor que va más allá de lo que jamás ser humano osó soñar. Cristo nos diviniza. Cuando hablamos del Evangelio, se trata de acoger o no al Resucitado, que es el único Camino por el cual nuestra existencia sobrepasa todo deseo de realización personal. Rechazarlo es condenarse a uno mismo a un destino de permanente frustración, de inagotable inacabamiento.

Llegados aquí, estamos de nuevo en el punto de partida de nuestra reflexión. Un bautizado no puede elegir no evangelizar. Si uno conoce a Cristo habla de Él: porque el Señor nos envía y porque su amor dentro de nosotros es tan fuerte y tan efusivo que es como si nos quemara dentro; ¿no podemos no repartirlo entre quienes nos rodean! (cf. Jer 20, 9). Los *labios profesan*. Nuestras lenguas pueden ser transmisoras de la alegre noticia de la salvación. Ésa es la gozosa tarea que nosotros, cristianos de Ávila, asumimos como propia en nuestra tierra, a partir del V Centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús.

- ¿Qué medios tengo en mi parroquia o en mi comunidad para redescubrir cotidianamente la fe como amor a Cristo y a los hermanos?
- ¿Qué he entendido al leer la expresión «heridas afectivas»? ¿Hay un problema en nuestra gente para aprender a amar? ¿Cómo puedo conectar esto con el anuncio del Evangelio?
- ¿Habías pensado alguna vez en lo que significa la salvación? ¿Cómo transmitir esta experiencia a quienes no creen en Cristo?

LAS ACTITUDES DEL DISCÍPULO MISIONERO

En este capítulo presentamos algunas actitudes básicas que debe cultivar un evangelizador. Las tomo de la exhortación *Evangelii gaudium*, del Papa Francisco. Os invito a releer este documento, que nos da claves fundamentales para nuestra espiritualidad y para nuestra actuación a la hora de presentar la alegría de la fe a quienes no la conocen.

Si se repite algún tema es pensando en la reflexión individual y en conjunto. Sería deseable que al terminar la lectura de esta carta, tuviéramos convicciones claras sobre algunas cuestiones que habremos de madurar este año.

En nuestra Diócesis hace tiempo que hablamos sobre la nueva evangelización. Ya en 1992 comenzaron los trabajos del Sínodo Diocesano. Después ha habido algunas iniciativas que han dado resultados modestos. Por eso, con sencillez reconocemos que a pesar del trabajo y las iniciativas, estamos lejos considerarnos como una Diócesis que ha acertado con la forma de ofrecer el primer anuncio. En general, no conseguimos una presentación efectiva de la fe a los alejados. Nuestras preocupaciones giran en torno a una «pastoral de mantenimiento», como si la mayoría sociológica continuase siendo cristiana. Sin embargo sabemos que buena parte de nuestra sociedad tiene un conocimiento superficial del cristianismo, y buena parte de los menores de cincuenta años tienen una distancia afectiva con la fe y con la Iglesia. Por lo cual, todo planteamiento de exigencia evangélica suele juzgarse como «radical» o «extremista» y raras veces aceptado.

Este asunto, antes de una planificación requiere de nosotros una conversión. Conversión al amor por Dios y a nuestros hermanos alejados. Conversión al amor por Jesucristo y al amor de Dios, que habita en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Hay evangelización en la medida en que hay cristianos –laicos, religiosos y sacerdotes– que se abren al Espíritu y deciden poner su vida al servicio del Reino de Dios en primera línea de evangelización.

1. DISCÍPULO ANTES QUE APÓSTOL

Para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar (Mc 3, 14-15a)

El enviado por Cristo es previamente discípulo, seguidor, imitador, compañero y amigo del Maestro, identificado con Él en el pensar y en el vivir. Ésta es condición indispensable para poder anunciar el mensaje del Reino. Hemos de interiorizar el Evangelio, arraigarlo en nuestra más profunda intimidad, mediante una vida espiritual profunda.

El primer requisito para evangelizar es vivir intensamente el Evangelio que queremos anunciar. «Para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites. El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio... Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo, es decir, mediante un testimonio vivido de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes de este mundo, en una palabra, de santidad» (Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 41).

La misión diocesana será posible sólo si revisamos con humildad y audacia la forma en que somos discípulos. ¿Vivimos conscientemente el Evangelio o hemos hecho de la fe una cuestión rutinaria de nuestra existencia? La cuestión es si verdaderamente el centro de nuestra vida es Cristo; si podemos decir sinceramente que Él es quien actúa a través de nosotros, el verdadero protagonista de nuestras acciones y deseos, quien inspira toda iniciativa y sostiene cada silencio². Se trata de saber si somos santos, si queremos serlo y si estamos poniendo los medios precisos para llegar a serlo. Por eso es tan importante que la protectora, impulsora y modelo de nuestra misión sea santa Teresa. Si en nosotros no hay una «determinada determinación» en ser santos, no habrá verdadera evangelización. La transmisión de ideologías no salva.

² Cf. Benedicto XVI, *Resplendens stella. Mensaje al Obispo de Ávila con motivo del CDL Aniversario de la fundación del monasterio de san José*, 1.

¿Cómo ser santos? Tres caminos imprescindibles.

I) UNA VIDA DE ORACIÓN INTENSA

La oración es la base de una relación de amistad con el Maestro. Sin orar ni podemos conocerle ni es posible el proceso de transformación que Él quiere realizar en nosotros. Sin oración nuestras acciones corren el riesgo de quedarse vacías, y el anuncio del Evangelio sería tan hueco como un cuerpo que careciera de alma. Jesús quiere evangelizadores que anuncien la Buena Noticia no sólo con palabras sino sobre todo con una vida transfigurada en la presencia de Dios. Él mismo dedicaba largos tiempos a la relación con su Padre. De esta oración personal surgen su predicación y sus milagros.

En la oración nos abrimos a la acción del Espíritu, que es el verdadero protagonista de la misión. Es Él quien nos infunde la fuerza para anunciar la alegría del Evangelio con pasión, con valentía, con ingenio. Esta audacia que suscita el Espíritu en la Iglesia naciente la llamaban *parresía*. Hoy más que nunca necesitamos este don, para que nuestros contemporáneos descubran como novedad el anuncio de la resurrección de Jesucristo, que ellos consideran ya sabido y agotado. Es también el Espíritu quien prepara el corazón de aquellos a quienes nos dirigimos con nuestro anuncio y quien hace posible su respuesta. Sólo el Espíritu puede hacernos descubrir modos nuevos de acercarnos a aquellos que se han alejado de la fe. Sólo Él puede ponernos en el lugar y momento adecuado, con una palabra que interpele al hermano, sumido en el vacío por la falta de Dios.

Para mantener vivo el ardor misionero hace falta una decidida confianza en el Espíritu Santo que *viene en ayuda de nuestra debilidad* (Rm 8, 26). Pero esta confianza generosa tiene que alimentarse, y para eso necesitamos invocarlo constantemente.

Es muy importante la oración de intercesión por aquellos a los que vamos a evangelizar. Si queremos hablar a alguien de Dios, primero hemos de hablar a Dios de esa persona, encomendar sus luchas, sus sufrimientos, su ignorancia de Dios, su situación concreta. La oración de intercesión tiene una fuerza poderosa porque Dios se complace en que

oremos por los hermanos. San Juan Pablo II decía que «la oración ha de ir antes de todo. Quien no lo entienda así, quien no lo practique, no puede excusarse en la falta de tiempo: lo que falta es amor» (*Celebración de la Palabra con los fieles de Viedma, 7-4-1987*). Y Benedicto XVI afirmaba, en un *Discurso a los nuevos evangelizadores* (17.10.2011), que «el anuncio del Evangelio tiene que ser precedido y seguido por la oración. Necesitamos establecer una íntima comunicación con el Señor en una intensa vida de oración. El mundo de hoy necesita de personas que hablen a Dios para poder hablar de Dios».

II) VIVIR LOS SACRAMENTOS

El mismo Benedicto XVI también afirma: «La fe nace y se robustece en nosotros gracias a los sacramentos sobre todo los de la iniciación cristiana: el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, que son complementarios e inseparables. Esta verdad sobre los tres sacramentos que están al inicio de nuestro ser cristianos se encuentra quizá desatendida en la vida de fe de no pocos cristianos, para los que estos son gestos del pasado, pero sin repercusión real en la actualidad, como raíces sin savia vital» (*Mensaje con motivo de la XXIII Jornada Mundial de la Juventud, 6*).

Hemos de vivir una honda espiritualidad enraizada en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía. Fuimos bautizados y confirmados en vistas a la Eucaristía. Cada vez que celebramos la Misa recibimos el Espíritu Santo que nos une más profundamente a Cristo y nos transforma en Él. Si como discípulos participamos con frecuencia en la Eucaristía, si dedicamos largos ratos a estar a los pies del Maestro adorándole vivo y resucitado en el Santísimo Sacramento, sentiremos la gozosa determinación de dedicar la vida a seguirle y anunciar su Reino. Al mismo tiempo experimentaremos que, donde no alcanzan nuestras fuerzas, el Espíritu Santo nos transforma, nos colma de audacia y nos hace testigos del ardor misionero de Cristo Resucitado.

Sobre el valor de los sacramentos en la vida espiritual constatamos algunos hábitos que son negativos. Por ejemplo, llegamos a Misa sin preparación interior, más preocupados de lo que tenemos que hacer o

leer que del Misterio que se celebra; salimos del templo sin dedicar un rato para dar gracias a Dios por la entrega de su Hijo en la Eucaristía; nos cuesta confesarnos; no cuidamos algunos aspectos externos del culto que ayudan a percibir la belleza de la fe –música, lecturas, ornamentos, calefacción–. Me atrevo a daros las siguientes sugerencias:

- ◆ Antes de ir a Misa, dedica al menos quince minutos para leer y hacer oración con las lecturas que van a ser proclamadas.
- ◆ Al llegar a la iglesia, cuida el silencio –no se habla dentro del templo– y los gestos externos: genuflexión ante el Santísimo, reverencia ante el altar, signarse despacio con el agua bendita, etc.
- ◆ No vivamos la liturgia agobiados por los servicios que vamos a prestar. Nuestra participación ha de ser, sobre todo, de índole espiritual. No consiste en hacer cosas –aunque haya algunos servicios que atender– sino en penetrar el Misterio que se celebra. En este sentido, a veces una celebración con abundancia de moniciones, ofrendas, peticiones, proyecciones y acciones de gracias pueden distraernos más que ayudarnos a la participación en el sacramento.
- ◆ Acompaña con tus gestos la verdad de la fe que crees y profesas. Al profesar la fe, inclínate junto con el sacerdote al pronunciar las palabras *y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen, y se hizo hombre*. En la consagración arrodíllate, o si tus huesos no te lo permiten, al menos queda profundamente inclinado. Cuando te acerques a recibir la comunión, hazlo con reverencia. Responde «amén» con nitidez cuando el sacerdote te dice: «El cuerpo de Cristo». Si recibes la comunión en la mano, no arrebatas la Hostia al ministro. Pon la mano derecha bajo la izquierda y, cuando deposite el Cuerpo del Señor en la palma, lo coges con la derecha y comulgas delante del sacerdote. Uno no se lleva la Sagrada forma hasta el banco, o para consumirla al acabar de cantar.
- ◆ Recuerda que tienes el derecho y el deber de pedir a tus pastores que celebren según los ritos establecidos por la Iglesia. Alguien puede pensar que, para evangelizar, lo importante es ser novedosos y creativos en los ritos. Es un error. Ciertamente hay partes en la celebración que se dejan a juicio del celebrante. Pero

lo fundamental en la liturgia no es la creatividad, sino la *fidelidad*. La fe que se celebra no es la expresión del sacerdote o de la asamblea, sino la fe de Iglesia a lo largo de los siglos. La liturgia, como la fe, trasciende nuestros criterios, nuestro vocabulario y nuestros gustos. No nos celebramos a nosotros mismos, sino al Dios que ha querido intervenir en la Historia del hombre. Esta no es una cuestión marginal. Así lo manifestaba el cardenal Joseph Ratzinger: «en la liturgia se ventilan cuestiones tan importantes como nuestra comprensión de Dios y del mundo, nuestra relación con Cristo, con la Iglesia y con nosotros mismos: en el campo de la liturgia nos jugamos el destino de la fe y de la Iglesia»³. Celebrando según el sentir de la Iglesia, y no según nuestros criterios particulares, presentamos la belleza de una fe que, desde nuestras limitaciones, no podemos manifestar en toda su grandeza.

- ◆ Dedicar un tiempo tras la Misa para la acción de gracias. Y, si tienes prisa, no hables hasta cruzar la puerta del templo.
- ◆ Confiésate con frecuencia. Lo ideal para todo cristiano, y máxime para un evangelizador, es recibir la Reconciliación sacramental cada quince días, o un mes como máximo.

III) ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL FRECUENTE

Es necesario ser acompañados para seguir los caminos de un genuino crecimiento, para despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y desarrollar lo que Dios ha sembrado en la propia vida.

«La propia experiencia de dejarnos acompañar y curar, capaces de expresar con total sinceridad nuestra vida ante quien nos acompaña, nos enseña a ser pacientes y compasivos con los demás y nos capacita para encontrar las maneras de despertar su confianza, su apertura y su disposición para crecer» (Francisco, *Evangelii gaudium*, 172).

³ J. Ratzinger, *Un canto nuevo para el Señor. La fe en Jesucristo y la liturgia hoy*, Salamanca 2003², 7.

Te sugiero los pasos para un acompañamiento personal. Debes pedir a un sacerdote –o a una religiosa o catequista experimentado y con formación– que te ayude en el camino de la fe. Entonces comienzan una serie de encuentros, normalmente de periodicidad mensual, en los que pones tu vida bajo la consideración de esa persona, con total confianza y sinceridad; así, escuchándole, con su oración y su consejo, llegas a descubrir cómo Dios actúa en tu vida y hace obras grandes en tu sencillez, sanando las heridas que el pecado haya dejado.

No es fácil encontrar acompañantes espirituales buenos y disponibles. Muchos fueron acompañados de jóvenes y, en el caso de los sacerdotes, durante su formación en el seminario, pero después, al llegar a la vida adulta, lo descuidaron, pensando que ya no necesitaban acompañamiento. Sólo sabe iniciar en los caminos del Espíritu quien está acostumbrado a recorrerlos de la mano de otro.

Quizá una de las tareas más urgentes para la nueva evangelización sea que los sacerdotes interioricemos las palabras del *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*: «Para contribuir a mejorar su propia vida espiritual, es necesario que los mismos presbíteros practiquen la dirección espiritual, porque “con la ayuda de la dirección o el consejo espiritual [...] es más fácil discernir la acción del Espíritu Santo en la vida de cada uno”.

Al poner la formación de sus almas en las manos de un hermano sabio –instrumento del Espíritu Santo–, madurarán desde los primeros pasos de su ministerio la conciencia de la importancia de no caminar solos por el camino de la vida espiritual y del empeño pastoral» (n. 73). Y lo que aquí se dice de los sacerdotes vale para todo agente pastoral.

- ¿En qué sentido necesitamos una conversión personal y comunitaria para una nueva Evangelización? ¿Eres consciente de que la necesitas?
- ¿Es tu vida espiritual la fuente de la Misión en tu vida?
- ¿Cómo es tu oración? ¿Consideras que dedicas el tiempo suficiente a cultivar tu vida interior?
- ¿Es para ti la Eucaristía un encuentro imprescindible con Aquel que te envía a evangelizar?

- ¿Has pensado alguna vez en la importancia de un acompañamiento espiritual frecuente para ser un verdadero apóstol?

2. CONSECUENCIAS DE UNA ESPIRITUALIDAD NO MISIONERA

Hemos dicho que la evangelización no es opcional. Todo bautizado participa de la misión de la Iglesia, de la que él, como miembro, forma parte. Por eso toda espiritualidad es necesariamente misionera. Cuando no existe el deseo de comunicar la fe a los hermanos, se empobrece nuestra experiencia de Dios.

La consecuencia de una espiritualidad que no tiene en cuenta el envío de Jesús para comunicar la fe es que surge en nosotros una *fe inmanentista y desencarnada*. Para algunos cristianos la vida espiritual, la oración o las prácticas religiosas pueden convertirse en un refugio individualista: nos hacen sentir bien, pero no conducen al encuentro con los demás ni al compromiso en el mundo. El verdadero encuentro con Dios siempre nos acerca a los demás, nos hace sensibles a las necesidades de los otros, nos lleva a ocuparnos de los que sufren. No olvidemos que el deseo de anunciar la Buena Noticia brota de una configuración cada vez más honda con los sentimientos de Cristo, a quién le duele la lejanía de tantos hermanos. Siente lástima de ellos al verlos como ovejas sin pastor (cf. Mt 9, 36). Un signo de espiritualidad misionera es el dolor que nosotros sentimos, con Él y como Él, por tantos que no disfrutaban del gozo de vivir en relación con Dios.

Una espiritualidad que no se abra al no creyente, genera miedo al compromiso y celo de nuestro tiempo. El compromiso con la evangelización no nos priva de nuestra libertad, ni ofrecer parte de nuestro tiempo debe agobiarnos. Hoy se advierte demasiada preocupación por los espacios personales de autonomía, que nos lleva a vivir la actividad pastoral como si no formara parte de nuestra identidad cristiana. Si nos agobia el trabajo pastoral es porque no lo hemos descubierto como un yugo suave, una alegre respuesta al amor de Dios que nos convoca a la misión. Probrmod el gusto de la misión para que la alegría de evangelizar se apodere de nosotros.

El Papa Francisco nos ayuda a entender esta cuestión: «El problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. De ahí que las tareas cansen más de lo razonable, y a veces enfermen. No se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho y, en definitiva, no aceptado. Esta acedia pastoral puede tener diversos orígenes. Algunos caen en ella por sostener proyectos irrealizables y no vivir con ganas lo que buenamente podrían hacer. Otros, por no aceptar la costosa evolución de los procesos y querer que todo caiga del cielo. Otros, por apegarse a algunos proyectos o a sueños de éxitos imaginados por su vanidad. Otros, por perder el contacto real con el pueblo, en una despersonalización de la pastoral que lleva a prestar más atención a la organización que a las personas, y entonces les entusiasma más la «hoja de ruta» que la ruta misma. Otros caen en la acedia por no saber esperar y querer dominar el ritmo de la vida. El inmediatismo ansioso de estos tiempos hace que los agentes pastorales no toleren fácilmente lo que signifique alguna contradicción, un aparente fracaso, una crítica, una cruz» (*Evangelii gaudium*, 82).

Otra consecuencia de una espiritualidad no misionera es que *buscamos brillar nosotros en lugar de transparentar a Cristo*. Pretendemos nuestro propio prestigio, reconocimiento o aprecio de los demás. Rechazamos un servicio pastoral si nos exige un cierto alejamiento de nuestro grupo o de nuestro interés. Necesitamos cultivar una actitud de desprendimiento, en primer lugar de nosotros mismos y también de lo que, sin serlo, consideramos «nuestro». Podemos entrar en una dinámica de grupo o movimiento que nos lleve a rivalizar con otros miembros de la comunidad, olvidando que el centro de la Iglesia es Jesucristo.

Un signo de este hecho puede ser la *desafección al Papa o al Obispo*. Quienes hemos sido llamados por Dios para ejercer el ministerio y representar a Cristo somos conscientes de nuestras debilidades y pecados, a la vez que de nuestras responsabilidades y nuestra autoridad, que no reposa sobre nuestra capacidad humana sino sobre el poder de Dios que nos ha elegido sin nosotros merecerlo. Al ser la misión tarea de la Iglesia, nos implica a todos. La Iglesia es mayor que nuestro grupo, digamos arciprestazgo, parroquia, movimiento o asociación. Estas realidades,

necesarias, han de estar en comunión con los Sucesores de los Apóstoles, a quienes Cristo confió el deber de apacentar a su pueblo. La *obediencia* es una virtud capital de todo evangelizador; sería ineficaz la presentación del Evangelio si la descuidáramos. Por supuesto, la obediencia no prohíbe hacer propuestas con libertad sobre las ideas y dificultades que cada uno perciba. Para ejercer bien la autoridad, el Obispo necesita la confianza de sus colaboradores que le exponen lealmente sus criterios. Pero, una vez escuchadas todas las palabras, corresponde a quien preside la Iglesia tomar la decisión. Y, del mismo modo que todos tenemos libertad para exponer nuestra opinión, asimismo todos debemos ofrecer nuestra colaboración en los caminos que, a la luz del Espíritu, el Señor nos invita a recorrer por la voz del Obispo.

Una pobre espiritualidad *nos impide atrevernos a proponer íntegro el mensaje de Jesús*. La presión de los medios de comunicación y de algunos ambientes en contra de la Iglesia hace que muchos cristianos sientan un complejo de inferioridad que les lleva a ocultar o disimular su identidad cristiana y sus convicciones. Nos permitimos recortar o rebajar la exigencia del Evangelio con el fin de que sea mejor aceptado. Tras esta actitud se esconde el miedo a no ser aceptados nosotros. Incluso podemos poner como razón el deseo de adaptar el mensaje para que sea más inteligible, o de utilizar un lenguaje más acorde con la mentalidad general. La consecuencia es que avanza el relativismo práctico que nos lleva a actuar como si Dios no existiera, como si los pobres y quienes no recibieron el anuncio no existieran.

- | |
|---|
| <ul style="list-style-type: none">▪ ¿Has visto reflejadas las consecuencias de una débil espiritualidad misionera en tus propias actitudes o las de tu grupo comunidad? |
|---|

3. ¿CÓMO ES UN DISCÍPULO MISIONERO?

Enumeraré algunos rasgos propios del cristiano que anuncia eficazmente el Evangelio, para disponernos como discípulos a la misión. El Espíritu, que recrea la faz de la tierra (cf. Sal 104, 30), nos ayudará en la tarea de preparar nuestro interior.

I) MIRA HACIA ADELANTE CON ESPERANZA, ALEGRÍA Y CONFIANZA

En la causa del Reino, no hay tiempo para mirar hacia atrás, y menos para dejarse llevar por el pesimismo, la desesperanza o el fatalismo. Estas son actitudes improductivas que muestran nuestro miedo al fracaso o quizás también nuestra pereza.

Desechemos las quejas inútiles o la culpabilidad de los otros. Esa actitud refleja una vivencia del cristianismo triste y pesimista, y en consecuencia poco atractiva. Al hablar de misión en algunos grupos comentamos que solo queda dejar morir lo poco que tenemos. Tal desesperanza no es propia del sentimiento de un cristiano que vive la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. El Maestro nos envía a sembrar a tiempo y a destiempo, a sembrar con la confianza de que la semilla tiene una fuerza escondida que la hace germinar por sí misma sin que nosotros sepamos cómo. Nos invita a la humildad y a la confianza de volver a intentarlo de un modo nuevo, como nuevo es su mensaje de amor cada mañana para cada uno de nosotros.

Dice el Papa Francisco: «Una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre. Nadie puede emprender una lucha si de antemano no confía plenamente en el triunfo. El que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. Aun con la dolorosa conciencia de las propias fragilidades, hay que seguir adelante sin declararse vencidos, y recordar lo que el Señor dijo a san Pablo: “Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad” (2 Co 12,9). El triunfo cristiano es siempre cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal. El mal espíritu de la derrota es hermano de la tentación de separar antes de tiempo el trigo de la cizaña, producto de una desconfianza ansiosa y egocéntrica» (*Evangelii gaudium*, 85).

Permitidme hablar de la publicidad. No podemos ser vendedores mediocres del mejor producto. La sociedad propone artículos comerciales, que tarde o temprano se estropean y corrompen. Nosotros en cambio ofrecemos el Evangelio como una propuesta de sentido y de felicidad para nuestros hermanos. Es incorruptible. Sin embargo el

mundo nos aventaja en el modo de vender sus productos. Con frecuencia comprobamos cuán cierta es la afirmación del Señor: *Ciertamente, los hijos de este mundo son más astutos con su propia gente que los hijos la luz* (Lc 16, 8). La publicidad del televisor promete *felicidad* para el usuario. En realidad se trata de algo efímero, de un placer pasajero. La felicidad que otorga el Evangelio, por el contrario, es definitiva. La fe es la fuente de la verdadera alegría, la que nada ni nadie puede arrebatararnos. Tal alegría es tan poderosa que vence incluso a la muerte. Ninguna otra realidad tiene capacidad de darnos un gozo semejante. Una de las dificultades en la transmisión del Evangelio es que los cristianos no conseguimos transparentar ante los demás el gozo de la fe, y la vivimos más como una «tradicción» o un «deber».

La promesa de felicidad que hacen los publicistas de cualquier producto, para que sea eficaz, *conecta con las necesidades más profundas del ser humano*. En la mayoría de los anuncios aparecen siempre los mismos temas: amor/sexo, compañía/amistad, plenitud/bienestar..., aquellos que afectan a los anhelos de cada persona. El Evangelio también conecta con esas preguntas hondas del corazón, pero de una forma mucho más verdadera: ofrece un amor sin límites, una amistad que rompe toda soledad y una plenitud para nuestra humanidad. Sin embargo, esto con frecuencia no se percibe. No exponemos claramente que el Señor responde a esos interrogantes profundos de todo ser humano.

Los publicistas saben que la venta es tanto más eficaz cuanto más *intuitiva y personal*. Suele convencernos no tanto un argumento bien trabado cuanto el testimonio de alguien a quien le ha ido bien lo que se ofrece. También la transmisión del Evangelio debe ser personal. Como dijo Pablo VI en el texto antes citado, el mundo contemporáneo prefiere a los testigos antes que a los maestros y, si escucha a los maestros, es porque son también *testigos*.

En todo caso, hay una profunda diferencia con la publicidad. Nosotros no presentamos «algo», sino a Alguien. Por eso no basta sólo con hablar. No se trata de convencer, sino de llevar al Resucitado por medio del Espíritu. Eso se consigue:

- ◆ Cuando mi testimonio no es el de un «loco aislado», sino el de una comunidad: la Iglesia, verdadero Cuerpo de Cristo en el mundo.
- ◆ Cuando mi testimonio nace y remite a la Palabra de Dios, que se acoge en la oración.
- ◆ Cuando mi testimonio se nutre y conduce a los sacramentos, especialmente a la Eucaristía y a la Reconciliación.

II) ESTÁ SIEMPRE DISPUESTO A SALIR DE SUS SEGURIDADES

Dios es siempre el primero en amarnos, en salir a nuestro encuentro. Por su amor sobreabundante quiere que todos se salven y que nadie se pierda. Con el sacrificio de la Cruz, Jesús abrió el camino para que cada persona pueda conocer a Dios y entrar en comunión con Él. La Iglesia es una comunidad de discípulos convocada por el Señor, cuya finalidad consiste en llevar el anuncio de salvación del Evangelio hasta los extremos más remotos de la tierra, llegando a los hombres y mujeres de cada lugar y de tiempo. ¡Hagamos nuestro este deseo de Jesús! Y hagámoslo a su estilo, dando el primer paso hacia aquellos que están lejos, buscándolos sin miedo en las encrucijadas de la vida cotidiana, en los interrogantes profundos que todos nos planteamos cuando el dolor nos visita, o en los acontecimientos más sencillos de la vida diaria.

Abramos los ojos a nuestro entorno para descubrir a tantos hermanos que han perdido el sentido de su existencia. Cristo nos necesita para ser instrumentos de este amor inmenso, para que llegue a todos, especialmente a los que están «lejos». Algunos están lejos geográficamente, otros están lejos porque su cultura no deja espacio a Dios; algunos aún no han acogido personalmente el Evangelio, otros, en cambio, a pesar de haberlo recibido, viven como si Dios no existiese.

Jesús se adentró en la vida de aquellos a quienes se acercaba, compartiendo su indigencia. Ésta es la dinámica de la encarnación: el Hijo de Dios se hace hijo de hombre para participar de todo lo que significa nuestra humanidad, de nuestros dolores, soledades, sufrimientos, cruces y muertes. Él se puso de rodillas ante sus discípulos para lavar sus pies achicando al límite las distancias, en un constante

abajamiento de Sí mismo para poder encontrarse con todos en su pobreza. Este compromiso con el hombre no fue violento, no se imponía a los demás, sino sencillo, humilde. Así debe ser el nuestro. Abramos a todos las puertas de nuestro corazón; procuremos, en primer lugar, entrar en diálogo con ellos con sencillez y respeto. Este diálogo, si es vivido con verdadera amistad, dará fruto.

Merece la pena citar a este respecto la última página de un conocido librito recomendable: *Sabiduría de un pobre*, de Eloi Leclerc⁴:

«Mira, evangelizar a un hombre es decirle: “Tú también eres amado de Dios en el Señor Jesús”. Y no sólo decirselo sino pensarlo realmente Y no solo pensarlo sino comportarse con el hombre de tal manera que sienta y descubra que hay en él algo de salvado, algo más grande y más noble de lo que él pensaba, y que se despierta así una nueva conciencia de sí mismo.

Esto es anunciarle la Buena Nueva y eso no podemos hacerlo más que ofreciendo nuestra amistad. Una amistad hecha real, desinteresada, sin condescendencia hecha de confianza y estima profundas.

Es preciso ir hacia las personas. La tarea es delicada: debemos ser en medio de ellos testigos pacíficos del Misericordioso, hombres sin avaricias y sin desprecios, capaces de hacerse realmente sus amigos.

Es nuestra amistad lo que esperan, una amistad que les haga sentir que son amados de Dios y salvados en Jesucristo».

Los «pueblos» a los que hemos sido enviados no son sólo los diversos países del mundo, sino también los diferentes ámbitos de la vida: las familias, los barrios, los ambientes de estudio o trabajo, los grupos de amigos y los lugares de ocio. El anuncio gozoso del Evangelio está destinado a todos los ambientes de nuestra vida, sin exclusión.

Por eso debemos estar dispuestos a salir de la propia comodidad y atrevernos a llegar a todos. Jesús nos pide esta actitud de éxodo de nosotros mismos que hoy es vital para la Iglesia. «Salir a todos, en todos los lugares en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco, sin miedo» (*Evangelii gaudium*, 23). Meternos con obras y gestos concretos en la vida

⁴ Ed. Madrid 1992¹², p. 164.

de los otros, asumiendo la situación concreta de cada uno, acogiendo sin juicios y compartiendo temores y esperanzas. Tocando la carne sufriente de Cristo en los que sufren y como cireneos llevando la cruz. A veces sin poder hacer un anuncio explícito en el primer momento, pero siempre despertando con nuestro testimonio una pregunta en el otro acerca de la fe que nos mueve a amarle así con un amor que no será nuestro sino de Dios en nosotros.

Muchos cristianos en Europa se han acomodado a las estructuras pastorales del pasado, que mantienen la vida de nuestras comunidades de manera análoga a cómo un respirador artificial mantiene con vida un cuerpo ya sin dinamismo. Si somos capaces de romper esta dinámica, de salir, de atender a las periferias y «montar lío» -en expresión del Papa-, este impulso expansivo robustecerá nuestras comunidades cansadas, porque la fe se renueva dándola. Nos dice el Papa: «Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí para toda la Iglesia lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: “¡Dadles vosotros de comer!” (Mc 6,37)» (*Evangelii gaudium*, 49).

Necesitamos una conversión pastoral y misionera que no deje las cosas como están. Toda renovación en la Iglesia debe tener *la misión* como objetivo necesario para no caer en una introversión eclesial. A su vez, toda renovación consistirá en un aumento de la fidelidad a la vocación recibida. «Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo,

para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad» (*Evangelii gaudium*, 27).

Un discípulo misionero vive de la alegría de anunciar la Buena Noticia. Esta alegría no bulliciosa ni extravagante, sino serena y profunda, fruto del Espíritu, que confirma en la promesa del Señor “*Nadie os quitará vuestra alegría*” (Jn 16, 22). Nosotros somos invitados a redescubrir la alegría de la Evangelización. Una alegría que se expresa en la fiesta y la celebración de cada pequeña victoria, cada paso adelante, cada hermano que vuelve a casa. Una alegría que se vuelve belleza en la liturgia. La Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia, que es también celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso hacia fuera.

- ¿Estamos disponibles para salir al encuentro dando el primer paso?
- ¿Estamos en actitud de salida, de búsqueda de los que se han alejado de la fe?
- ¿Buscamos, como Jesús la amistad de los alejados? ¿Entramos en diálogo con ellos personalmente y también como grupo o parroquia?
- ¿Qué criterios debemos tener en cuenta a la hora de plantearnos la novedad en las formas de evangelizar? ¿Qué dificultades encuentras para acoger esa novedad y qué dificultades ves en la parroquia o grupo al que perteneces?
- ¿Expresan nuestras celebraciones el gozo de la victoria de Cristo que se concreta en los brotes del Reino que vamos descubriendo?
- ¿Sientes la alegría misionera? ¿Has experimentado alguna vez el gozo profundo de anunciar el Evangelio?
-

III) SABE QUE NO VA SOLO: EVANGELIZA LA IGLESIA Y CON ELLA JESUCRISTO

Para un discípulo misionero la fraternidad es imprescindible. No sólo porque busca, como Jesús, el encuentro fraterno y dialogante con todos, especialmente con los alejados y en los pobres; sino porque se sabe arraigado en la comunidad. El testimonio de una vida fraterna cordial y sincera es una fuerza capaz de abrir los corazones a la fe. Hoy la gente es muy sensible a la cercanía y al afecto porque estamos sumidos en una cultura individualista que genera muchas situaciones de soledad. La Iglesia ofrece una sanación interior del virus del individualismo por medio de la comunidad evangélica.

Con claridad lo afirma el Papa Francisco: «Allí está la verdadera sanación, ya que el modo de relacionarnos con los demás que realmente nos sana en lugar de enfermarnos es una fraternidad mística, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno. Precisamente en esta época, y también allí donde son un “pequeño rebaño” (Lc 12,32), los discípulos del Señor son llamados a vivir como comunidad que sea sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5,13-16). Son llamados a dar testimonio de una pertenencia evangelizadora de manera siempre nueva. ¡No nos dejemos robar la comunidad!» (*Evangelii gaudium*, 92).

Trabajar en comunión siempre es un reto y una llamada. Tiene un precio, el de la renuncia a uno mismo para que crezca el bien común. El Obispo fomenta la comunión misionera en su Iglesia diocesana siguiendo el ideal de las primeras comunidades cristianas, donde los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma (cf. Hch 4,32). Yo asumo esta tarea. Pero no puedo hacerlo sin vuestra ayuda. ¿Queréis venir conmigo y evangelizar? ¿Estáis dispuestos a correr la fascinante aventura de anunciar el Evangelio, y de comunicar a cada persona que, por abandonado que se sienta, por triste que esté, es alguien infinitamente amado por Dios en Cristo? Os aseguro que no hay en el mundo alegría comparable a la de gastar la vida en el servicio de la alegre

noticia de la Resurrección de Cristo, esperanza de salvación para toda la humanidad.

- ¿La falta de comunión es un obstáculo para el anuncio del Evangelio?
- ¿Conoces y acoges de corazón la invitación de los pastores de la Iglesia a tener en cuenta en este momento de Nueva Evangelización?
- ¿Vives la fraternidad como una condición para evangelizar?

Ávila, II Domingo de Pascua, de la Divina Misericordia

✠ Jesús García Burillo, Obispo de Ávila

ORACIÓN POR LA MISIÓN DIOCESANA

Dios Padre nuestro,
te pedimos que al celebrar el V Centenario
del nacimiento de Santa Teresa de Jesús
renueves y rejuvenezcas nuestra Iglesia de Ávila
y que este momento de gracia
produzca frutos abundantes de santidad en todos los hijos
que has engendrado a la vida nueva por medio del Bautismo.

Jesús, amigo verdadero,
en este tiempo de Nueva Evangelización
Tú nos envías a anunciar con renovado ardor
la Buena Noticia de tu Victoria sobre la muerte.
Haznos testigos gozosos de la fe.
Que tu Palabra llegue al corazón de todos,
especialmente de aquellos que no te conocen
y se sienten más lejos de tu Esposa, la Iglesia.

Espíritu de Dios,
que hiciste maravillas en los corazones
de quienes se abrieron a tu acción,
nos confiamos a Ti.
Hoy susurras en nuestro corazón,
como lo hiciste en el de Santa Teresa:
«Ya es tiempo de caminar».
Como ella queremos ser dóciles a tu acción en nosotros
y dejar que nos impulse
por caminos de renovación y de anuncio,
en esta misión diocesana.
Como los primeros discípulos
esperamos con María en oración,
celebrando el Misterio de la fe
y esperando que Tú precedas y acompañes nuestros esfuerzos
haciendo crecer las semillas del Reino
que con nuestro humilde trabajo
nos disponemos a sembrar.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

ÍNDICE

Una misión diocesana en el V Centenario de Santa Teresa	1
1. Una misión diocesana en el V Centenario	1
2. Cómo realizar la misión	6
Los arciprestes.....	6
Los equipos misioneros.....	7
3. Sentido y estructura de esta carta	8
Una evangelización kerygmática	10
1. Elegidos para anunciar el Evangelio	10
2. Dos textos de referencia: la misión a los judíos y a los gentiles.....	12
3. Fundamento teológico para una presentación del <i>kerygma</i>	20
Las actitudes del discípulo misionero	30
1. Discípulo antes que Apóstol	31
i) Una vida de oración intensa	32
ii) Vivir los sacramentos	33
iii) Acompañamiento espiritual frecuente	35
2. Consecuencias de una espiritualidad no misionera	37
3. ¿Cómo es un discípulo misionero?	39
i) Mira hacia adelante con esperanza, alegría y confianza	40
ii) Está siempre dispuesto a salir de sus seguridades	42
iii) Sabe que no va solo: evangeliza la Iglesia y con ella Jesucristo	46
Oración por la misión diocesana	49
Índice	51

